

# EN LA CIMA, *pero sin* grandeza

## LOS PLANES DE DIOS SON MÁS GRANDES DE LO QUE PODAMOS IMAGINAR

Casuchas de lata destartaladas se apretujaban unas a otras a lo largo de caminos de tierra llenos de baches por toda la ladera de la montaña —si es posible llamarlas montañas. Una montaña habla de grandeza y estabilidad, pero las “montañas” de este vecindario fueron edificadas con la basura de los más afortunados. La estabilidad faltaba en esta región tan pobre de México donde muchas familias luchaban por satisfacer sus necesidades básicas. Dichas luchas eran agravadas por el tráfico de drogas que hacía estragos en las vidas que invadía. Eran pocos los que no eran afectados. Dentro de una de esas pequeñas chozas estaba sentada una joven mujer. La lluvia golpeaba el techo de lata encima de ella, pero el ruido pasaba desapercibido; su mente estaba en otra parte. Sentada en medio de la habitación con sus ojos cerrados, Amelia Orrostieta pensaba en su infancia. Mientras su padre entraba y salía de sus vidas debido a malas decisiones que lo llevaban a prisión una y otra vez, su madre trabajaba largas horas haciendo malabarismos con varios oficios a la vez para proveer para Amelia y sus dos hermanos menores.

La vida no siempre fue fácil, pero a pesar de los infortunios había muchos buenos recuerdos. Las lágrimas brotaban de los ojos de Amelia mientras meditaba en la fidelidad de Dios no sólo en su vida, sino en la de sus hermanos. Fue en esta insignificante montaña que una y otra vez Dios había demostrado Su fidelidad y grandeza. Pero ella no siempre había entendido eso.

### Una invitación a la esperanza

Una invitación “casual” llevó a Amelia, de catorce años de edad, a un campamento juvenil de tres días. No fue el mensaje lo que llamó primero su atención; fue ver a Dios en las vidas de los jóvenes lo que despertó la esperanza en su alma dolorida. Había algo diferente en ellos, y sea lo que fuera que tenían, Amelia lo quería. Ella se sentó y escuchó. Hablaron de un Dios que la amaba como persona y había pagado el precio por sus pecados. Esto era muy distinto a su idea de un dios distante que le exigía buenas obras. “En ese momento”, recuerda Amelia, “supe que quería y necesitaba recibir el amor de Dios. Confesé que necesitaba el perdón de Dios por mis pecados y confié en Su mensaje de salvación”. Pero su nueva vida en lo interior no impidió que siguieran sucediendo problemas en lo exterior. Apenas unos meses después de que Amelia hubiera creído en Jesucristo como su Salvador, una enfermedad repentina se llevó a su madre; quien se enfermó un día y murió al siguiente. Así repentinamente, Amelia se hallaba huérfana de madre, prácticamente sin padre y con dos hermanos menores para criar. Pero ella sabía que Dios era fiel. “Llevé todos mis problemas a Dios en oración”, comentó Amelia, “y Él me llenó de Su paz”. Fue entonces que Dios trajo al padre de Amelia de nuevo a sus vidas. Aunque él tenía muchos problemas personales, Dios lo iba a usar para llevar a Amelia exactamente a donde ella necesitaba estar.



Amelia cuenta cómo su padre les llevó a un barrio diferente. Una vez allí, “yo seguí asistiendo a la misma iglesia, pero quedaba retirada”, cuenta Amelia. “Mi padre no quería que me fuera tan lejos... entonces me llevó a buscar una iglesia en el nuevo vecindario”. Él era uno de esos hombres que no quiere poner un pie dentro de una iglesia evangélica. Sin embargo, la ayudó a encontrar una; una iglesia evangélica, con vocación misionera. Era la iglesia que Dios iba a utilizar para cambiar la vida de Amelia.

